

# CRISTIANISMO ILUSTRADO Y REFORMA POLITICA EN FRAY MIGUEL DE SANTANDER

P O R

ANTONIO ELORZA

## INTRODUCCIÓN

No hay gran riqueza de obras políticas en los años que transcurren entre 1789 y 1808, de innegable oscurecimiento para nuestra Ilustración. Salvo la exposición contrarrevolucionaria de 1792 a 1794, son muy pocos títulos a situar entre las *Cartas* del conde de Cabarrús y los primeros folletos que salen a la luz en la primavera de 1808. Entre éstos figura uno cuya fecha es en diez años anterior, en Toro el 24 de marzo de 1798, y va firmado con el criptónimo «fr. M. S.»: su título es *Carta de un religioso español amante de su patria, escrita a otro religioso, amigo suyo, sobre la constitución del reino y abuso del poder*. Para nosotros, su interés deriva no sólo de que su contenido revele una mentalidad favorable a la revolución de Francia, sino por constituir una fuerte crítica realizada desde supuestos liberales, de las instituciones políticas del antiguo régimen en España. El historiador francés Pierre Vilar afirmaba recientemente ser «la guerra de 1808, a la vez guerra nacional y revolución, pero más próxima a los problemas franceses de 1789, en el enlace posible del antiguo régimen con el individualismo capitalista, que de cualquier otra revolución contemporánea de base». En buena medida, la *Carta* es una prueba más de esa proximidad; muestra primero de una subyacente rebeldía en los años de reacción de Carlos IV, la aparición pública en 1808 tiene lugar entre otros panfletos y hojas que dan los primeros perfiles ideológicos del levantamiento. Miguel Artola, en *Los orígenes de la España contemporánea*, la sitúa como la primera de las «cuatro verdades» que Isidoro de Antillón entrega a la nación española para mostrar la necesidad de la elaboración de un texto constitucional. Según Antillón, su impresión tuvo lugar en Madrid, en el verano de 1808, durante los meses que siguieron a la primera salida de los franceses, agotándose muy pronto. Artola la inserta como obra anónima en su bibliografía y también recoge su existencia Miguel de los Santos Oliver como «de autor incógnito» en su *Mallorca durante la primera revolución (1808 a 1814)*.

Sin embargo, los dos ejemplares que pude localizar en la Biblioteca Nacional de Madrid permiten emitir una hipótesis con un alto

grado de verosimilitud acerca de la identidad del autor. En la primera página de uno de ellos, una anotación manuscrita consigna escuetamente: «ésta es del P. Santander, misionero apostólico». La misma paternidad se apunta, más por extenso, en el ejemplar del fondo Usoz:

«Esta carta es del P. Santander, arzobispo luego de Zaragoza, al padre fray Diego José de Cádiz, famoso capuchino en su tiempo. El fraile Santander se afrancesó en 1808-14, y escribieron contra él. Esta carta se imprimió en Madrid, por el librero Sojo, en el a. 1820; costó 2 rs. 12 5º m. 1849.

Cuando Santander fue arzobispo, desnudó un día a la Virgen del Pilar delante de los zaragozanos para mostrarles que era de madera y no de carne, como ellos creían, ¡y aquí habla de imágenes sagradas! Los clérigos y frailes se contradicen siempre» (1).

El curioso anotador acierta al designar al padre Santander como autor del escrito, pero yerra al decir que fuera arzobispo de Zaragoza, de cuya archidiócesis, empero, alcanzó el grado de obispo auxiliar y gobernador eclesiástico. También fue afrancesado y es lógico, según veremos más adelante, que dirigiera la carta a su amigo el padre Cádiz; respecto a la anécdota alusiva a la Virgen del Pilar, carecemos de noticias, y es posible fruto de una tradición oral adversa al buen fraile, en cuyo modo de obrar cuadraban muy bien semejante tipo de acciones. Es extraño, de todas maneras, que no la mencione el feroz crítico de su conducta bajo Fernando VII, el mercedario Manuel Martínez. Queda en controversia el dato, aparentemente preciso, de la impresión por Sojo en 1820. Habría entonces dos ediciones, una en 1808 y otra de 1820, dos apariciones en momentos oportunos y significativos para la causa liberal. La primera tuvo sin duda lugar, pues su recensión figura en el folleto de Antillón, de 1810, pero el punto dista de estar, a nuestro modo de ver, claro, por pertenecer todos los ejemplares que hemos manejado a la misma impresión, sin que figure lugar ni año de la misma.

La atribución que hacemos de la carta al padre Santander no descansa, naturalmente, sólo en las anotaciones precitadas. Efectivamente, sus iniciales eran «fr. M. S.», y residía en Toro en la fecha —24 de marzo de 1798— que cierra el escrito. La confirmación viene dada por el cercano parentesco entre el estilo literario y el de otras

---

(1) Agradecemos, en primer término, a Gonzalo Anes Alvarez, profesor de la Universidad de Madrid, el haber facilitado al autor de estas páginas el ejemplar de su posesión y, por tanto, la toma de contacto con el tema estudiado. La signatura del ejemplar Usoz en la Biblioteca Nacional es U-1283. El otro ejemplar anotado, C<sup>a</sup> 388-14, de nueva catalogación (antiguo fondo Fernando VII, sin catalogar). En la Biblioteca Nacional existe un tercer ejemplar, que no hemos llegado a ver.

cartas a familiares y amigos, hechas públicas por el mismo Santander, con repetición de locuciones —como el «¡ay cosa!»— no muy frecuentes en el lenguaje escrito; y, sobre todo, el saber, por obras posteriores, que el capuchino era íntimamente favorable a la Revolución francesa y enemigo de los «abusos del poder» que continuamente experimentaban los súbditos de Carlos IV. Concretamente, entre la *Carta* y algunos párrafos de la apología escrita en 1809, como respuesta al padre Callosa, sólo existen la diferencia temporal de once años y una intención diversa, al enjuiciar unos hechos en cuyo sesgo ambos escritos son coincidentes.

#### DATOS BIOGRÁFICOS: EL AFRANCESAMIENTO

Pero, ¿quién era este fray Miguel de Santander? La anotación manuscrita del ejemplar *Usoz* ya nos ha dicho algunas cosas, que se completan al advertir que el redactor de uno de los primeros testimonios de radicalismo liberal a fines del setecientos fue uno de los grandes predicadores del período, precedido en fama solamente por el celeberrimo fray Diego José de Cádiz (muerto en 1801 y beatificado luego por León XIII), y cuyas doctrinas para misión y ejercicios espirituales alcanzan ediciones hasta 1851 y 1911, respectivamente.

Su larga vida, de casi nueve decenios, tuvo comienzo en Santander, el 25 de febrero de 1744, siendo coetáneo, por tanto, de Jovellanos. Su nombre real era Miguel Suárez Vitorica, trocado en Miguel de Santander a su ingreso en la Orden Capuchina, en 1764, después de una etapa de estudiante en la Universidad de Alcalá de Henares. Al período de formación en la Orden sigue el período de misiones, en que Santander va ganando una fama creciente como orador sagrado, al precio de recorrer incansablemente durante veinte años las aldeas y pueblos del norte español. Algunos de sus éxitos, como el alcanzado en 1785 en El Ferrol, fueron estruendosos. Paralelamente traba relación epistolar con multitud de personas (capellanes, monjas, magistrados, particulares), y se gana la amistad del intransigente fray Diego José de Cádiz, acérrimo enemigo primero de las sociedades económicas y después de la Revolución. Es él, paradójicamente, quien promueve la publicación de los escritos de Santander, y los prologa en forma elogiosa. Por fin, el 20 de febrero de 1803, Miguel de Santander abandona su puesto de guardián del convento de Capuchinos de Toro para ser consagrado, por el arzobispo Arce, de Zaragoza, obispo de Amizón y auxiliar de la archidiócesis. La ceremonia tuvo lugar en el templo madrileño de los Capuchinos del Prado. En abril

de 1808, y seguramente por roces con el mismo Arce, a quien acusará de «hechura de Godoy», sale de Zaragoza. La toma de la ciudad por los franceses, en marzo de 1809, le encuentra en Valdealgorza, lugar cercano a Alcañiz, desde donde acepta la invitación bonapartista y regresa a la ciudad, recién conquistada por el general Lannes, recibiendo como obispo auxiliar, en la catedral, el juramento de fidelidad al rey José I. Desde Valencia, otro capuchino, el padre Pablo de Callosa, escribe la primera crítica de su conducta política, a la que responde enérgicamente. En enero de 1810 es nombrado, por las autoridades afrancesadas, obispo de Huesca, ciudad en que encuentra la oposición del Cabildo para tomar posesión plena, y en el verano del mismo año, según Martínez, recibe la designación de arzobispo electo de Sevilla. Permanece en Zaragoza hasta la salida de los franceses, en el verano de 1813, refugiándose primero en Montpellier y luego en Bagnères para ser más tarde conducido al interior de Francia. Durante el trienio liberal regresa, como otros afrancesados, y pasa a la ciudad natal de Santander. En el lugar santanderino de Santa Cruz de Igüña acaece su fallecimiento, el 2 de marzo de 1831, a los ochenta y siete años de edad.

Tenemos anotadas como suyas, al margen de la *Carta*, las siguientes obras:

- *Doctrinas y sermones para misión* (Madrid, 1800). Segunda y tercera ediciones, ambas en Madrid, de 1802 y 1808. Con algunas alteraciones, se reeditaría en Barcelona (1851) bajo el título *Pláticas doctrinales para misiones*.
- *Retiro espiritual para los sacerdotes* (dos tomos; Madrid, 1802) y *Ejercicios espirituales para sacerdotes* (segunda edición, dos tomos; Madrid, 1804).
- *Ejercicios espirituales para las religiosas* (Madrid, 1814). Nueva edición, Madrid, 1911.
- *Sermones dogmáticos* (Madrid, 1805).
- *Sermones panegíricos de varias materias, festividades y santos* (dos tomos). Segunda edición, en Madrid, 1803. Tercera, también de Madrid, 1814.
- *Cartas familiares y otros opúsculos en prosa y verso* (Madrid, 1805).
- *Apuntaciones para la apología formal de la conducta religiosa y política del Ilmo. Sr. fr. Miguel Suárez de Santander. Respuesta de este ilustre Prelado a otra muy irreverente y calumniosa que le escribió e imprimió en Madrid, en el año de 1815, el P. fr. Manuel Martínez, Mercedario calzado*. Sin lugar de edición, 1817.